



Propaganda en Santa Cruz de la ayuda del gobierno a las mujeres embarazadas. Fotos Mark Aguirre

¿Ha empezado el ocaso de Evo Morales?

Por qué trabajadores e indígenas se movilizan contra un gobierno indigenista de izquierdas

por **Mark Aguirre**

Hay que reconocer que el cambio que se ha producido en todos los ámbitos en Bolivia, con la llegada al poder de Evo Morales, es profundo, especialmente en cuanto al empoderamiento popular e indigenista. Pero, para determinados sectores, todavía es insuficiente. Mark Aguirre estuvo allí, y nos cuenta las cosas tal como las vio.

El Alto es la ciudad con mayor poder de acción colectiva de América Latina. Se hizo notoria en el otoño del 2003 cuando sus vecinos bloquearon el acceso a La Paz forzando la huida del país del Presidente Gonzalo Sánchez de Lozada (Goñi), el símbolo del neoliberalismo boliviano. Dos años después Evo Morales, un campesino indígena cocalero del Chapare era elegido —en el Alto le votaron más del 80%— Presidente de Bolivia. Era el primer Presidente indígena en 181 años de República en un país de mayoría indígena. Un gran triunfo popular que acababa simbólicamente con cinco siglos de discriminación y racismo permitiendo refundar el estado boliviano desde una óptica nacionalista, territorial e indigenista. Por eso extrañó que a principio de este año los vecinos de El Alto, mayoritariamente de origen aymara, declararan un paro cívico indefinido contra su gobierno. Evo Morales todavía con un pie en los movimientos sociales, sobre todo en el campesino, tuvo el suficiente instinto para revertir la decisión que había enfurecido a los alteños (había suprimido las subvenciones a la gasolina para ponerla a precio de mercado) pero el daño estaba hecho. Los precios habían subido y la gente de las ciudades empezaba a distanciar de Evo Morales. ¿Qué había sucedido?

Fanny Nina es desde hace años una activista del movimiento vecinal. En junio del 2010 fue elegida en el congreso de la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE) su presidente. Era la primera mujer que accedía a la dirección de una de las organizaciones sociales más poderosas de El Alto. La otra es la COR, la organización sindical asociada a la COB, la gran Central Obrera Boliviana. Después de una reunión ácida que tuvo con Evo Morales siendo ya líder de la FEJUVE, le presentó un pliego de demandas históricas de El Alto para que lo cumpliera. Evo no aceptó su independencia y la acusó de hacer el juego a la derecha. Tiene su oficina en las aceras: “compañeros” de La FEJUVE ligados al MAS, el Movimiento al Socialismo, el partido de Evo, le cambiaron la cerradura de su oficina en la sede y maniobraron para nombrar otro Presidente, dividiendo de facto a la FEJUVE.

Me reuní con ella en una oficina prestada en esta ciudad construida en la dureza del altiplano a cuatro mil metros de altura. Nina, como la mayoría de los alteños, no ha nacido en esta ciudad a medio hacer, de mercados y casas de ladrillo rojo, que es El Alto. Hija de mineros de la provincia de Inquisivi llegó de niña a finales de los años setenta. Hizo estudios de comuni-

cación social y derecho pero se define como una activista social atraída por la idea –se educó con las monjas franciscanas– de ayudar a la comunidad, e inspirada en la lucha de sus padres, ambos dirigentes sindicales sobrevivientes de masacres mineras en la época de Barrientos.

Aunque su madre es aymara, ella dice que su familia es mestiza. Los alteños de segunda generación suelen identificarse como mestizos quizá por la discriminación histórica que ha conocido la población indígena en Bolivia. En Bolivia, hasta la nueva ley de discriminación recientemente aprobada, los blancos de derecha e izquierda tenían derecho –lo ejercían a menudo– a insultar y humillar a los indígenas. A pesar de considerarse una ciudad aymara en El Alto hay importantes procesos de interculturalidad, una búsqueda de lo ancestral, pero también hay rap en aymara. Incluso las cholas, las mujeres indígenas de segunda generación intentan vestir polleras diferentes a las campesinas que llegan a la ciudad. Estos aymaras urbanos aspiran a progresar económicamente dejando atrás la pobreza –Bolivia es el país más pobre de América del Sur– con el comercio informal o manejando un minibús. Han convertido a El Alto, más de un millón de habitantes, en una ciudad más poblada que su vecina La Paz y en el mayor mercado de América Latina.

Estos inmigrantes son los indígenas nacidos como ciudadanos gracias a la Revolución de 1952 (les dio voto y propiedad de la tierra) que cincuenta años después, liberados de las amarras del feudalismo, se han convertido en comerciantes, políticos e intelectuales insertándose por primera vez como actores políticos y económicos en la nación. En El Alto lo comunitario se va enterrando en el alud de los intereses económicos del comerciante que nace, pero los símbolos de las grandes hazañas indígenas contra la colonización española se mantienen. Se oponen a cualquier regulación de sus actividades económicas (el contrabando es una de sus principales fuentes de ingreso), mientras exigen que el Estado que han asaltado simbólicamente con Evo les ayude a construir infraestructuras y crear empleo. Se van convirtiendo en una clase media con aspiraciones consumistas y de ascenso social que acude al forceps estatal. La ley de la oferta y la demanda es más poderosa que la solidaridad comunitaria del Ayllu en esta ciudad del antiplano.

Nina había sido antes de su éxito en el congreso de la FEJUVE jefe de junta vecinal del distrito cinco y cuenta con el apoyo de las zonas más alejadas de La Ceja, las más pobres y necesitadas donde se asientan los recién llegados. En El Alto hay 2.850 juntas organizadas en distritos y zonas. Todos los habitantes de El

En El Alto hay una búsqueda de lo ancestral, pero también hay rap en aymara.



Fanny Nina en El Alto

Alto pertenecen al menos a una organización. No han olvidado que fue la organización lo que hizo posible la vida social en la dureza ecológica de los Andes. Hasta los informales, el 76% de la población activa, están organizados en la COR, la Central Obrera Regional. Al organizarse gremialmente o territorialmente como es el caso de las juntas vecinales convirtieron su

debilidad –a un indio pobre y sólo nadie le hace caso– en una fuerza. En tanto que colectivo pudieron hacer valer sus derechos hasta convertirse en un actor reconocido. Impusieron el sello de las Juntas Vecinales como un requisito para que el municipio trajera agua o electricidad

o hiciera obras de alcantarillado. Pero también con ello convirtieron a las Juntas Vecinales y gremiales en una posible fuente de ingresos ilegítimos. En un botón apreciado por mafias y políticos corruptos sin escrúpulos.

Nina, una mujer pequeña, se convertía en poderosa cuando

explicaba cómo había podido ser elegida en estas circunstancias. “Tenían una persona preparada para dirigir la FEJUVE, los famosos amarres, las cocinadas, que hacen entre dirigentes, pero la gente para mi sorpresa votó a mi candidatura. Me eligieron porque están cansados de corrupción y prebendas, quieren gente independiente, ven cómo dirigentes se han desviado de los verdaderos propósitos, o sea trabajar por los vecinos, estos quieren progresar, quieren iluminación, servicios básicos, enlazar calles, empleos, seguridad y sabían por experiencia que yo les iba a ayudar sin pedirles plata”, decía Nina.

A diferencia de los sindicatos cocaleros del Trópico de Cochabamba de donde proviene Evo Morales, las organizaciones sociales de El Alto no se han convertido en un partido político. No es que sean localistas, Nina decía que la FEJUVE se siente centinela de que los recursos naturales de Bolivia se aprovechen en beneficio de los bolivianos, lo que ocurre es que se resisten a perder su autonomía e independencia como organización social. El triunfo del MAS en el 2005 no había sido el de un programa de un partido sino la victoria de los movimientos sociales, el del sindicalismo campesino, las asambleas de pueblos indígenas, los movimientos urbanos contra las privatizaciones neoliberales, que venían movilizándose desde hacía décadas y habían derrotado a la derecha. Las candidaturas del MAS en El Alto estaban llenas de dirigentes de la COR y la FEJUVE al carecer de candidatos propios. La COR y la FEJUVE mantenían su independencia y autonomía mientras apoyaban el proyecto nacionalista e indigenista de Evo. No había problemas porque sus bases simpatizaban con él. Las listas del MAS arrasaron en El Alto.

Era algo nuevo. La victoria del MAS convertía el liderazgo de las organizaciones sociales en un instrumento de ascenso social a través de la política. Dirigentes gremiales o vecinales podían ser diputados, senadores o ministros. El gobierno podía cortejar directamente a las organizaciones con subvenciones (a la COR se le construyó una nueva sede con dinero de Venezuela) y a sus dirigentes con prebendas. El estado podía dar empleo a dirigentes y allegados. El riesgo era que las organizaciones sociales se convirtieran en maquinarias políticas clientelares al servicio del gobierno. “Que el MAS intente controlar monopolísticamente la representación de lo popular y

Creían que controlando las organizaciones sociales se aseguraban el apoyo popular, pero se encontraron con una resistencia inesperada.

construya a la manera del priismo mexicano maquinarias electorales y clientelares para perpetuarse en el poder”, cómo estaba ocurriendo ya, según decía Luis Tapia, un antiguo aliado político del Vicepresidente García Linera y actualmente un investigador del CIDES-UMSA, una institución académica de La Paz.

“Mujerzota te has atrevido, si no renuncias te vamos a sacar” le advirtieron a Nina al día siguiente de ser elegida. Las amenazas siguieron en el móvil. Más tarde los golpes. Una vez al hospital. Sin hacer caso presentó personalmente en

una reunión el primer pliego de demandas al Presidente Morales. Pedían industrias, empleos, seguridad ciudadana, mejoramiento vial, dotación de servicios básicos, la derogación del decreto neoliberal 21060. Por algo habían muerto decenas de vecinos en barricadas y marchas para sacar a Goñi del gobierno.

“El mayor índice de desempleo y pobreza está en El Alto. Por eso salimos a la calle a vender lo que sea, para ganarnos honestamente un boliviano. Viejitos, niños, mujeres salen a las 3 o a las 4 de la mañana. Hay chóferes asesinados, hay secuestros, tráfico humano, desaparición de niños, niñas y jóvenes, no hay seguridad, no hay empleos. Necesitamos proyectos productivos y pedimos al gobierno que cumpla con sus promesas. No es un regalo o un favor, es un acto de justicia”, decía Nina.

La respuesta de los vecinos al gasolinazo convirtió a Nina



La wiphala, bandera andina.

ante los ojos del gobierno en un “enemigo” al que había que sacar como fuera de la FEJUVE. Creían que controlando las organizaciones sociales se aseguraban el apoyo popular con que cuentan desde el 2005, pero se encontraron con una resistencia popular inesperada. La gente había empezado a sentirse desengañada cuando veía que la situación económica no mejoraba. Evo se jactaba de que Bolivia tenía grandes reservas internacionales, nunca había tenido tantas, pero la estación de autobuses prometida en El Alto no la construían y los empleos no llegaban. Ya en las elecciones municipales del 2010 el MAS había ganado con menos del 40%, lejos estaban los tiempos del 80%. Muchos vecinos sintieron la subida de la gasolina como un golpe al estómago, como una traición, y salieron a la calle a expresarlo.

Los días siguientes al decreto no había pan, y si había costaba 80 céntimos. El pasaje que costaba un boliviano paso a cos-

diario de sus representados y no como un instrumento de la política del gobierno como quieren convertir a la FEJUVE. Aprovecharon las heridas que Nina sufrió ocasionadas por un atropello extraño de un coche semanas después del gasolinazo –estuvo hospitalizada varias semanas por ello–, para dar un golpe y nombrar en su ausencia a Claudio Luna, un hombre cercano al gobierno, presidente provisional de la FEJUVE.

La sede del MAS en Cochabamba está en el último piso de un edificio de cinco en una pequeñas plaza no lejos del centro. Cochabamba es el corazón político del MAS. En la zona del Chapare, donde Los Andes van perdiendo fuelle y la vegetación comienza a ser exuberante, nació el sindicato campesino de coccaleros. En el municipio de Cochabamba, en el año 2000, se

peleó la guerra del agua. Una movilización popular que abrió un ciclo exitoso de luchas contra la privatización de los recursos naturales. Bechtel, una multinacional que con el beneplácito del gobierno había privatizado las aguas del Tunari, tuvo que hacer las maletas y salir de Bolivia. Diego Mamani es uno de los dirigentes del MAS en Cochabamba. Leonida Zurita, su líder, estaba en Sucre marchando junto a Evo y todo el gobierno contra la discriminación y el racismo la tarde que visité la sede. Mamani había participado en la Guerra del Agua pero desde antes anda movilizándose contra los gobiernos neoliberales. Ha crecido en las luchas sindicales coccaleras. “Cuando era niño llevaba el tapeque a mis padres a los bloqueos”, decía. Se afilió al MAS para luchar contra la discriminación y represión que ha conocido desde niño. Sus padres mineros quechuas de Potosí vinieron al Trópico a colonizar tierras cuando cerraron las minas. Gastaron lo que habían conseguido en indemnizaciones para comprar su parcela. El cultivo de coca estaba en auge. Lo mismo hizo el “hermano” Evo Morales, decía Mamani, nacido en la zona minera de Oruro de padres campesinos, quien también tuvo su lote en el Chapare.

Los nuevos colonos coccaleros empezaron pronto a organizarse. Los gobiernos neoliberales aceptaron la política de la DEA, la agencia antidroga de los Estados Unidos, de arrancar las plantas de coca y reprimir a los coccaleros para evitar que la pasta de coca que se vendía a pie de carretera cayera en manos de productores de cocaína. El Chapare llegó a militarizarse. Los soldados arrancaron 30 mil hectáreas de cocales. Las marchas y bloqueos defendiendo su cultivo acababan a menudo en ataúdes. Estos campesinos coccaleros, la mayoría quechuas, se organizaron en un sindicato siguiendo el ejemplo del sindica-



Diego Mamani, Emiliano Zurita, Lino Edgar en la sede del MAS en Cochabamba

tar dos. El azúcar escaseaba. Los líderes sociales no decían nada. Apareció una enorme pancarta que decía *El Alto en pie sus dirigentes de rodillas*. La gente empezó a pedir un Cabildo abierto al que convocó Nina como Presidente de la FEJUVE, mientras los dirigentes en la órbita del MAS callaban. El cabildo decidió convocar a un paro indefinido para derogar el aumento de la gasolina. Varias marchas salieron. Eugenio Rojas, un senador del MAS, llamó a pedir el procesamiento judicial de Nina responsabilizándola de los ataques a varias sedes oficiales. No le perdonaban que hubiese actuado como un interme-



Evo Morales ante el referendo

to minero. Un sindicato exitoso que llegó a derrotar al ejército boliviano cuando la Revolución del 52. Filemón Escobar, un dirigente histórico de la COB asentado también en Cochabamba, asesoró a Evo Morales para que convirtiera a la coca en un instrumento político como los mineros habían convertido al estaño. Evo lo hizo como líder de las cinco (ahora hay seis) federaciones del Trópico de Cochabamba, siendo elegido en 1997 diputado nacional por el MAS después de que esta organización prestara a los sindicatos cocaleros en un congreso en Oruro su personalidad jurídica.

Mamani, líder sindical desde el año 2000, decía que el problema de la coca fue fundamental para convertir a Evo en un líder nacional. Edgar Lino, otro dirigente, mascaba la hoja mientras hablábamos en una sala adornada con retratos de Evo y el arco iris de la Wiphala, la bandera indigenista boliviana. En Bolivia mascar coca es legal. Estos quechuas cocaleros ven a la coca como algo sagrado. Los indígenas andinos siempre se han

Evo convirtió el derecho a cultivar la coca en un símbolo de identidad y soberanía nacional.

alimentado con ella y la han usado en sus ritos religiosos y festividades colectivas. La coca se vende en los mercados, y fabricantes bolivianos usan su pasta como insumo de sus productos. “También lo hace la Coca Cola” decía Lino. Evo convirtió el derecho a cultivarla en un símbolo de identidad y soberanía nacional. Se enfrentó a Estados Unidos y una vez en el gobierno expulsó a la DEA. En vísperas de elecciones Manuel Rocha, el Embajador de entonces de los Estados Unidos, advirtió de las consecuencias que tendría votar a Evo. Su declaración intervencionista ayudó a Evo a ganar el apoyo de un pueblo que venía luchando por recuperar sus recursos naturales en manos de compañías extranjeras. La mayoría de los bolivianos identificaban a los Estados Unidos con ellas. Evo logró con éxito asociar al sindicalismo cocalero con un instrumento político de la soberanía de los pueblos bolivianos, como le había aconsejado Filemón Escobar.

Años después el apoyo a Evo de estos dirigentes sindicales campesinos de Cochabamba seguía fuerte. Ahora los agentes estadounidenses ya no arrancan los cicales. Evo enfrenta el desafío de parar a los narcotraficantes colombianos que se están refugiando en Bolivia y Perú del Plan Colombia. Lino recordaba que la nacionalización de los hidrocarburos, el gran logro de Evo Morales, había cuadruplicado la participación del Estado en las utilidades del sector, “más plata que nunca de los hidrocarburos se quedaba en Bolivia”, gastándolo el gobierno en políticas sociales para los pobres. A los niños escolarizados que terminan el curso académico se les da a sus familias un bono de 30 dólares; a las mujeres embarazadas 7 dólares por cada control prenatal con un máximo de 4, además 17 dólares por control postparto y 18 dólares por control pediátrico hasta los 2 años; y los mayores de 60 años reciben 30 dólares al mes. Cantidades que no parecen grandes pero que pueden ser significativas para muchas familias de un país cuyo ingreso per capita anual no llega a los 1.500 dólares.

Además el gobierno estaba dotando de tierra a los campesinos y haciendo inversiones en caminos rurales y obras de regadío. El nuevo banco de desarrollo productivo establecido con fondos del gobierno y de Venezuela ha orientado sus créditos con prioridad al sector ru-

ral muchas veces siguiendo criterios no sólo económicos. Cuando el gasolinazo se especuló con que el gobierno estaba considerando sacar a la calle a los campesinos, sabía que tenía su apoyo, para enfrentarlos a los manifestantes urbanos, pero hubo dudas entre los dirigentes cocaleros. Dicen que Evo suspendió su viaje a Brasil a la ceremonia de toma de posesión de Dilma Rousseff como Presidente para asistir a una



Judith Rivero, Porfiria Viri, Mary Terrazas, en la sede de la CNAMIB en Santa Cruz

reunión con los cocaleros para discutir el tema.

Lino defendía la subida de la gasolina como necesaria. Él creía que el gobierno volverá de nuevo a la carga. Necesita el dinero. La fuerte economía sumergida (62%) sangraba los ingresos del gobierno ya lastrados por una inversión extranjera que no ha llegado en la cantidad que se suponía. Argumentaba de la misma manera que lo había hecho el gobierno: Bolivia necesitaba gastar el dinero de las subvenciones de otra manera. Bolivia no podía estar subsidiando la gasolina de los países fronterizos en vez de invertir su dinero en su gente. “La riqueza de Bolivia no puede salir de contrabando como ocurre ahora... la subida hubiera traído muchos beneficios, hubiera traído escuelas, hospitales, carreteras, más progreso, más desarrollo”, decía Lino. La razón de que la gente hubiese salido a la calle a protestar se debía a “que no se había socializado bien la medida”. Lo mismo me había dicho en el parlamento Segundina Flores, una diputada por Santa Cruz de las Bartolina Sisa, las mujeres del sindicato cocalero. “Se explicó mal y se hizo en un mal momento” decía Mamani. El gobierno había aprovechado las fiestas

Bolivia no podía estar subsidiando la gasolina de los países fronterizos en vez de invertir su dinero en su gente.

familiares de navidad para su decreto, lo que había enfurecido aún más a la gente.

Judith Rivero es una india chiman de la provincia Ballivián en el departamento amazónico del Bení. Me reuní con ella en Santa Cruz, en donde reside debido a su liderazgo indígena. Había llegado el día anterior desde Cochabamba por una carretera que marcaba su dificultad con cruces en sus cunetas. Santa Cruz es el centro del oriente boliviano, una región de selvas y fértiles llanuras adecuadas para la agroindustria, donde tienen su territorio al menos 34 grupos indígenas y donde está el gas y el petróleo boliviano. Un territorio aislado de los Andes hasta que la revolución de 1952 acabó poniéndolo en el mapa boliviano. La oficina de la Confederación Nacional de Mujeres Indígenas de Bolivia, la organización de las tierras bajas en donde están representadas mujeres de estos grupos originarios del Chaco, la Amazonía y el Oriente, de la que Judith es su vicepresidente, esta dentro de un conglomerado de edificios que albergan las sedes de otras organizaciones sociales. No hace mucho el complejo fue atacado por la derecha de Santa Cruz por su apoyo al proceso de refundar Bolivia reconociendo a los grupos indígenas la autonomía sobre su territorio y poniendo límites al latifundio. La Constitución establece que la soberanía del territorio es del Estado mientras la administración es de los pueblos. Santa Cruz una ciudad donde hay más blancos que en La Paz, los cambia se autollaman, se había convertido en el refugio político de la oligarquía derrotada en las urnas por el MAS en las elecciones del 2005. Desde allí organizaron comités cívicos con los que habían intentado bloquear el proceso constitucional

indigenista y nacionalista abierto por la victoria electoral masista, pero habían fracasado. Evo incluso en el 2008 les acusó de estar organizando una guerra civil de carácter racista y secesionista, habían declarado una autonomía de facto, hasta el punto que tuvo que intervenir UNASUR, la nueva organización de Estados de América del Sur. Al final la

victoria constitucional de Evo Morales –la constitución fue referendada por el 61,4% de la población– había derrotado la reacción de la derecha marginándola de la vida política nacional. La victoria del gobierno en su pulso con los comités cívicos había consolidado la hegemonía popular.

Judith es una de las centenares de mujeres indígenas del oriente que han protagonizado con reivindicaciones, marchas

y luchas políticas el resurgir de sus poblaciones originarias. Aunque mujeres indígenas andinas collas (quechuas y aymaras) han emigrado al Oriente y han establecido su organización, las indígenas autóctonas no se consideran representadas en el sindicalismo de las bartolinas del MAS y por eso tienen su propia organización. Desconfían de ellas. “En las tierras bajas vemos que ellos nos quieren colonizar con su cultura andina y avasallamiento de nuestras tierras por los colonos para plantar coca” decía Judith.

“...Ellas son andinas y son campesinas, a diferencia de nosotras, que venimos de un pueblo indígena, de un territorio indígena de una TCO (Tierra Comunitaria de Origen), esa es la diferencia. Ellas no pueden igualarse a nosotras. Las bartolinas han existido como federación de mujeres, ellas son sindicalistas, hasta la estructura organizativa es diferente... No tienen las mismas vivencias costumbres y visión de las que hemos vivido en el mismo territorio. Las bartolinas no tienen territorio, tienen parcelas que compran. Nosotros no cultivamos para comerciar. Nosotros los indígenas no somos comerciantes, pero ellas tienen una tierra y ese es su desarrollo, es el comercio, hacer grandes extensiones, hacer chaqueo tumba y quema y todo eso. Nosotros los indígenas preservamos esa naturaleza, lo que se hace es para el consumo o para el intercambio con otras comunidades, no para la venta”, proseguía cuestionando para su territorio el modelo de desarrollo que persigue el gobierno.

A pesar de los propósitos –el gobierno quiere industrializar el país desde el Estado añadiendo valor agregado a los recursos naturales–, el modelo económico boliviano sigue siendo profundamente extractivista. La riqueza está concentrada en los hidrocarburos, minas y agroindustria. El 9% de los trabajadores produce el 65% del PIB. Exportaciones de petróleo, gas, zinc y estaño representan las dos terceras partes de las exportaciones. El 80% del ingreso nacional viene de materias primas. La transformación en curso de Bolivia de un país minero a un país productor de hidrocarburos y de la agroindustria está convirtiendo al oriente boliviano en el motor de la economía. El gobierno enfrenta que muchas de estas riquezas están en territorios en donde la constitución ha reconocido la autonomía a los pueblos originarios. El gas con que el gobierno financia sus bonos sociales está en el Chaco, en territorio guaraní, weenhayek y tapiete. El gobierno, falto de caja para sus proyectos (las transnacionales han seguido operando pero sin invertir) necesita ampliar exploraciones en territorio indígena para ofrecerlas a unas transnacionales que después de su pulso con el

Como decía un indígena en una reunión “para que queremos una carretera nosotros si no tenemos ni siquiera una carretilla”.

gobierno están de regreso, no en tan ventajosas condiciones como estaban antes de las nacionalizaciones pero en mejores que las que quería primariamente el gobierno. Bolivia está luchando para cumplir las cantidades acordadas con Argentina y Brasil para suministrarles gas. En una de sus intervenciones

públicas Evo reconoció el problema al señalar: “Muchas ONGs dicen ‘no al petróleo ya la minería’ pero entonces, ¿de qué va a vivir Bolivia? ¿Con qué plata vamos a pagar el Juanito Pinto (el bono escolar)”.

Esta dinámica está enfrentando al gobierno del MAS con sus anti-

guos aliados. Fueron parte de la Asamblea Constituyente como pueblos indígenas. “No todo ha sido malo con el gobierno, pero hay cosas con las que no podemos estar de acuerdo, como es el atropello contra nuestros territorios”, decía Judith. Judith salvaba a Evo y acusaba a las personas que están a su alrededor, entre ellos a García Linera, el Vicepresidente, de no considerar el problema indígena. En julio del 2010 marcharon para que el gobierno cumpliera la Constitución. El autogobierno de los grupos originarios de sus territorios aparecía como una piedra en el zapato que entorpecía la política económica del gobierno.

“Nos sentimos traicionados, marginados, atropellados de nuestros derechos. Nuestro derecho a la consulta no se está respetando en nuestro país. La consulta previa libre e informada no se está dando con los pueblos indígenas. No se cumple sobre la base que está fundamentada en las resoluciones de Naciones Unidas y la Organización Internacional del Trabajo. Este gobierno no la está cumpliendo” decía Judith. Judith denunciaba los tratados internacionales que abren nuevos corredores con las hidroeléctricas. La experiencia ha mostrado que con ellas desaparecen comunidades, se divide el territorio, vienen los madereros, las empresas mineras y se abre el acceso a los cocaleros. “Sus carreteras serán para otros que son comerciantes, pero no nos beneficia a los pueblos indígenas. Como decía un indígena en una reunión ‘para que queremos una carretera nosotros si no tenemos ni siquiera una carretilla’”, decía Judith.

Es difícil predecir el futuro político en Bolivia. ¿Qué pasará con Evo y su gobierno si sectores indígenas y populares siguen distanciándose del mismo? La oposición de derechas está derrotada y desde la izquierda es tenue. Pero uno debe tener en cuenta la historia de Bolivia, donde construcciones espectaculares se derrumban en la primera época de lluvia. Como me dijo Cayetano Llobet, un viejo profesor de sociología en la UNAM, “En Bolivia si la gente se desengaña no pregunta quién viene sino quién se va” ■